

LA IMPORTANCIA DE LA ÉTICA EN EL MUNDO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y LA ROBÓTICA



Por **María Amparo Grau Ruiz** *
Universidad Complutense de Madrid

En esta etapa de apresurada transición en la que vivimos, en la que cada vez más artefactos son utilizados para tareas mecánicas y otras relativamente inteligentes, debemos detenernos -aunque sólo sea por unos instantes- a pensar para qué necesitamos (o queremos) a los robots y a las nuevas formas de inteligencia en nuestro mundo cotidiano.

Desde luego, todo cambio cultural supone, en el fondo, un replanteamiento ético; aunque éste, en muchas ocasiones, no se haga explícito. En la actual coyuntura, el debate público abierto es indispensable. Vivir sin ética, en cualquier tiempo, acaba conduciendo a situaciones lamentables. Por ese motivo, todas las decisiones a adoptar en el futuro inmediato, tanto individuales como colectivas, deberán estar inspiradas por el interés en mejorar los derechos de las personas y el bienestar social.

Si apuntamos con claridad en la dirección en la que queremos ir, no terminaremos viviendo en un entorno no deseado. Cierto es que, con el avance de las nuevas tecnologías, ya hemos dado algunos pasos en temas éticos como la protección de datos o la seguridad, entre otros. Sin duda, la toma de decisiones a largo plazo, en escenarios más complejos en el porvenir, se verá condicionada por lo que responsablemente hoy se juzgue como admisible, no sólo por el legislador, sino por cada uno de los

sujetos con capacidad de influir en la puesta en marcha de estos sistemas robóticos e inteligentes conectados a la realidad.

En la robótica y la inteligencia artificial es perentorio que la cualidad de "inclusivo" se aplique a los procesos de investigación e innovación, a la par que a los productos, teniendo en cuenta sus consecuencias para todos

los grupos de interés (no sólo el de las personas vulnerables o de las que padecen ciertos sesgos). Se suscita, por otra parte, el problema de la autonomía y la agencia, con el sustrato de que la responsabilidad humana se diluye al contarse con múltiples intervinientes en relaciones hasta cierto punto impersonales, en las que se desconoce el razonamiento que justifica una determinada acción. Bien pueden no ser conocidos (ni auto-explicativos) los algoritmos; o bien pueden faltar las competencias digitales para descifrarlos y comprenderlos mínimamente. En nuestros días la brecha es patente y hace falta una gran inversión en educación interdisciplinar;

sin que por ello quepa descuidar el fomento de habilidades básicas, evitando, en última instancia, la atrofia de nuestra capacidad de pensar y decidir.

Lo trascendente no es cómo los robots van a cambiar la vida de los seres humanos, sino cómo nosotros vamos a actuar frente a estos objetos, su proliferación

"Lo trascendente no es cómo los robots van a cambiar la vida de los seres humanos, sino cómo nosotros vamos a actuar frente a estos objetos, su proliferación y su uso frecuente, adaptándolos a nuestras relaciones con los demás. Si les vamos a trasladar nuestros prejuicios, si vamos a priorizar determinados valores"

y su uso frecuente, adaptándolos a nuestras relaciones con los demás. Si les vamos a trasladar nuestros prejuicios, si vamos a reproducir en ellos una u otra visión del mundo, si vamos a priorizar determinados valores... En este sentido, sí cobra inusitada relevancia el comportamiento de las personas frente a los robots y con qué los nutrimos.

Esto nos conduce inevitablemente a la discusión sobre los datos, a partir de los cuales se configuran las superestructuras que se avistan en el horizonte y que van a condicionar nuestra forma de vida y la de las generaciones venideras. Es preciso trabajar para mantener la igualdad de oportunidades, la fiabilidad de la información volcada y la justicia de los criterios empleados en su selección. En todo caso, es pacíficamente admitido que no debería dejarse margen a la discriminación por razón de sexo, raza, religión o edad (ya se trate de personas mayores o menores). Dado que la robótica y la inteligencia artificial en sí no son discriminatorias, debe apelarse al necesario refuerzo constante de las políticas de responsabilidad social en las organizaciones públicas y privadas a la hora de introducirlas.

A lo largo de la Historia, la ética cívica y la profesional han sido críticas en la evolución de la sociedad. De ahí que las normas morales que rigen el pensamiento y la conducta de los seres humanos sean imprescindibles para no dar este salto tecnológico en el vacío. Esto exige ser conscientes de los deberes que a cada cual competen en el tránsito, por ejemplo, por quién abogar y qué defender. La llamada a tomar conciencia de la necesidad de obrar con respeto a la dignidad humana (también mediante robots inteligentes) es permanente.

Llegado el caso, habrá que regular el comportamiento individual y colectivo en relación con unos mínimos deseables y evaluar periódicamente la corrección de los progresos realizados. Deberá prestarse especial atención a la bondad en el qué y el cómo de las novedades. Más allá de filias y fobias, la percepción pública de este fenómeno es un punto altamente sensible. Así, de cómo se aprecie el reparto equitativo de costes y beneficios derivados de la innovación dependerá en gran medida el beneplácito de los interesados (que valorarán oportunamente la virtud y capacidad para incluirlos). Sí es posible hacer entender a la sociedad civil que la diversidad tecnológica no entraña necesariamente desigualdad, si se actúa con prudencia, sometiendo a valores y normas (morales o jurídicas) las herramientas tecnológicas que se ponen a disposición de los individuos y de las instituciones.

Importa, en definitiva, que el sistema que pergeñemos sea ético y que, dentro del mismo, se promueva

un comportamiento ético. Ahora bien, con frecuencia sabemos lo que es ético, pero no cómo conseguirlo. Éste es el principal reto que han de afrontar las normas vigentes y los sistemas conceptuales en el campo del Derecho y de la Filosofía a la hora de integrar la robótica y la inteligencia artificial.

Pese a su naturaleza cambiante, que a veces supera lo (extra)territorial o internacional para desenvolverse en lo virtual, y su vocación transformadora de la realidad económica y social (ya que la robótica y la inteligencia artificial afectan a la comunidad en la que se integran, alterando el equilibrio existente en los actores implicados), la verdad es que universalmente existen principios comunes que pueden guiar la interacción de los hombres con las máquinas. Por ello, desde una perspectiva jurídica, cabe esperar cambios en algunas Convenciones internacionales (como la de protección de derechos de personas con discapacidad y de la infancia, o en cuestiones de sostenibilidad ambiental).

No puede pasarse por alto que la forma de ordenar el mundo tiene consecuencias en la libertad individual (que puede verse restringida por limitaciones técnicas, o si no se consideran características como la versatilidad o docilidad de los robots). Amén de contar con la diligencia debida en la colaboración público-privada, es ineludible garantizar la transparencia.

El último grado de autonomía reside en el control. En éste es crucial la "reserva de humanidad", porque sólo las personas habrán de poder decidir cómo y en qué pueden los robots inteligentes apoyar la autonomía humana. Con el fin de lograr una sociedad más inclusiva en el futuro, hace falta ética por, en y para el diseño de los robots y la inteligencia artificial.

O aprendemos a vivir unos con otros (usando para el bien el potencial que encierran los robots y la inteligencia artificial), o pereceremos como necios –actualizando la clarividente observación que en su día hiciera Martin Luther King–.

NOTA

* Investigadora Principal en el proyecto INBOTS "Inclusive Robotics for a better Society" (UCM-WP2), Programa Horizonte 2020, Unidad Robótica e Inteligencia Artificial (780073) <http://inbots.eu> <https://www.ucm.es/proyecto-certificarse/> Aunque la responsabilidad por lo aquí escrito es únicamente de la autora, estos párrafos se han redactado teniendo presentes las discusiones mantenidas con los filósofos participantes en el equipo: Mark Coeckelbergh y Michael Funk (Universidad de Viena), Vincent Mueller (Universidad de Leeds), Txetxu Ausín, Mario Toboso, Daniel López y Anibal Monasterio (Instituto de Filosofía del CSIC) y Fiachra O'Brolchain (Dublin City University).